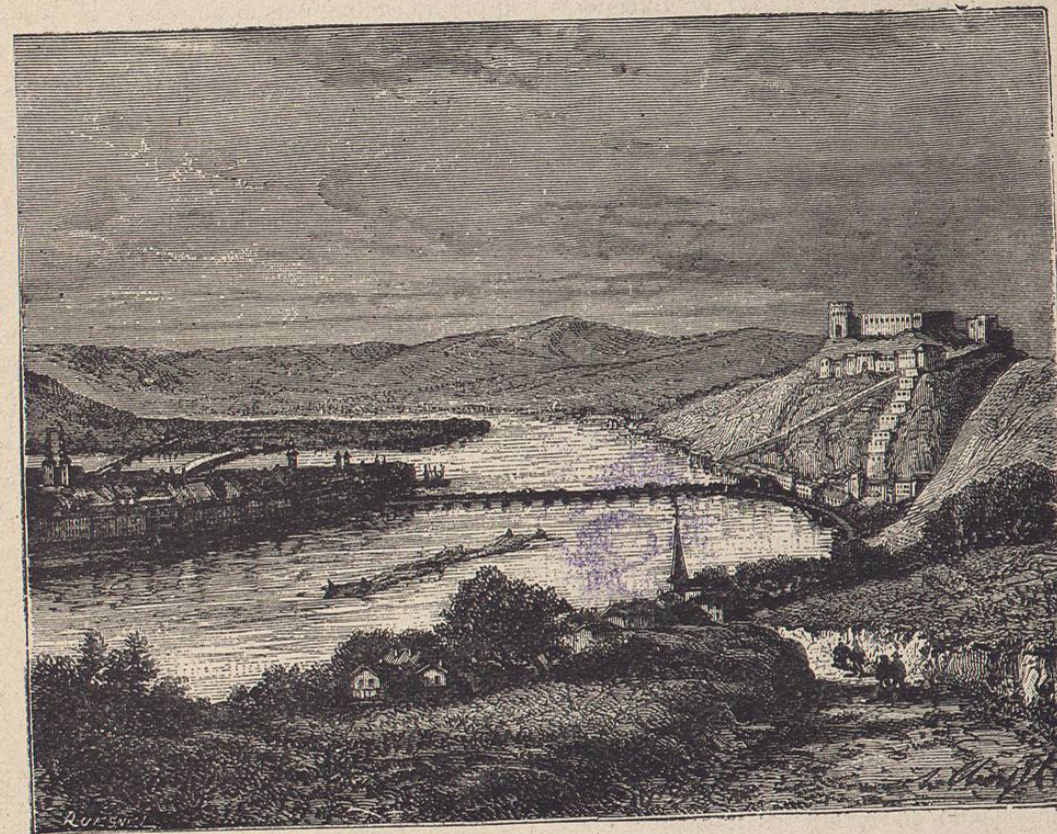


se colocó bajo la protección del general Roion, que mandaba en Strasburg un cuerpo de ejército. En Ginebra el partido democrático se mostraba cada día más ardiente y sólo aguardaba la llegada del general Kellermann, enviado al ejército de los Alpes, para dar su golpe de Estado. Diputaciones de Niza y de Saboya fueron á París, enviadas, una por el gobierno provisional, y otra por los nuevos representantes del pueblo, que se habían constituido en Asamblea bajo la dirección del diputado francés

Simon, con el auxilio de las tropas francesas, para pedir que fuera admitida la nueva república á formar parte de la gran familia de la nación francesa. Esto era adelantarse á la emancipación de los pueblos, era mostrar con actos lo que se debía pensar del desinterés de la democracia parisién. Gregoire, presidente de la Convención, declaró, al responder á dichas comisiones, que la libertad iba á hacer á la vez explosión en dos mundos diferentes, en Inglaterra y en el centro de Asia, luégo haciendo



Coblenz

resaltar las ventajas que habían de resultar de la unión de Saboya á Francia, terminó diciendo: «Todos los gobiernos son nuestros enemigos, todos los pueblos son nuestros hermanos; ó sucumbiremos ó daremos la libertad á todas las naciones.»

Como consecuencia de este programa se perseguía á toda costa la paz con Prusia á quien se hizo entrever su alianza con Francia contra Austria y Rusia si por consecuencia de ella se hacía ésta necesaria. Para lograrlo los representantes del gobierno Custine y Mandrillon ofrecían la libertad de Luis XVI. Pero Prusia se mantuvo firme en su resolución de paz general, y el gobierno francés declaraba que ésta era imposible con la dinastía austriaca. Otra reserva hacía Prusia, y era la de que no

se atacase á Holanda, pues si esto sucedía no sólo declaraba la paz imposible en todo tiempo sino que amenazaba con la intervención de Inglaterra, que habría de dar por resultado la unión de Inglaterra y Rusia, y la imposibilidad de que las escuadras francesas apoyasen á los turcos contra los rusos. Todo esto era de prever. ¿Mas cómo había de abandonarse á los holandeses, que, como hemos dicho, tanto habían contribuido á democratizar á Francia en tiempos de Lomenie de Brienne? ¿Los patriotas de Amsterdam expulsados por el duque de Brunswick, no pedían todos los días á la Convención, al pueblo parisién, que se les devolviera la patria? ¿Dumouriez no estaba en Amberes?

La intervención de Inglaterra no era de despre-



ciar. La tenacidad británica y sus grandes recursos son temibles. ¿Pero era por ventura imposible llevar la revolución á Inglaterra?

Lebrun estaba convencido de que nada más fácil que encender la revolución en Inglaterra y no veía lejos el momento de la alianza de la República francesa con las repúblicas de Inglaterra y de Irlanda. «Ese resultado,—dice Sybel,—hubiese sido aún mucho más importante que la caída de la casa de Lorena y su alejamiento del trono imperial; por esto Lebrun lo perseguía con incansable actividad...» «La embajada francesa en Londres era el foco de todas esas intrigas. Cuando después del 10 de Agosto, hubo Inglaterra llamado á su embajador alegando que sólo estaba acreditado cerca del rey, el ministerio francés resolvió no tener en Londres más que agentes secretos. Sin embargo, habiendo manifestado más tarde Pitt el deseo de mantenerse en paz y buena amistad con la república, aún cuando sin reconocerla, Chauvelin recibió la orden de prolongar su permanencia en Londres, pero como simple particular. Desde mucho tiempo antes era su casa un centro en el cual públicamente se concertaban los jefes de la oposición parlamentaria, una frecuente correspondencia mantenían por su intermediación Fox y Condorcet, Sheridan y Brissot, y más de una vez pudo notarse que los discursos de los lores Landsdowne y Lauderdale concordaban palabra por palabra con las notas que por la misma época redactaba Lebrun. Esos grandes personajes no querían hacer de Inglaterra ni una república social ni una provincia francesa; pero no ocultaban sus simpatías por Francia, haciendo de ello una arma política liberal y de seria oposición contra los ministros. Lebrun aún cuando en secreto les menospreciaba, se servía de ellos como instrumentos, pero se jactaba de tener aliados más enérgicos. Habíanse formado en Londres varios clubs democráticos, los cuales tenían numerosas ramificaciones en todas las grandes ciudades; esos clubs mantenían á la sazón en el público una ruidosa agitación en favor de reformas parlamentarias y del sufragio universal, teniendo numerosos partidarios entre las clases bajas, y hasta gozaban de cierta consideración por la parte liberal de la clase media...» «Mientras que en todas las plazas de Londres se presentaban peticiones para un bill de reforma, y que en los *meetings* liberales se pedía que se fortaleciera la constitución con progresos en sentido liberal, los agentes de Lebrun forjaban planes de trastornos, entregaban armas, pólvora y dinero, y alistaban un gran número de vagabundos, al objeto de intentar un golpe de mano

sobre la Torre de Londres, cuyo arsenal debía dar á los demócratas armas, y en su consecuencia la posesión de la capital.

»Esos agentes eran, en su mayor parte, antiguos compañeros ó nuevos amigos de Danton, diplomáticos de segundo orden, tales como Noël y Benoit, protegidos por Lebrun, ó como el americano Serre, el irlandés Ferris, ó como el antiguo colaborador de Clavière, el ginebrino Duroverai. Las memorias de esos hombres muestran, como sucede siempre en iguales casos, que el odio y la envidia reinaban en su propio campo; más, cuanto más se aproximaba el otoño, más unánime era su confianza en cuanto al éxito de su empresa. Ya á principios de Noviembre, tenía Lebrun por cierto que una manifestación enérgica por parte de los franceses bastaría para provocar en Londres una explosión, y para poner el gobierno del país en manos de una convención nacional. El último anillo de esta cadena de proyectos revolucionarios formáballo Irlanda, que en ese momento llevaba en su seno el germen de un doble movimiento; movimiento legal hacia una reforma por la cual aspiraban los católicos, y movimiento revolucionario por el cual esperaban los revolucionarios protestantes separarse de Inglaterra. Estos últimos, en su irritación puritana contra la monarquía y la iglesia episcopal, había aunado estrechas relaciones con los más radicales clubs ingleses, manteniendo con París un cambio continuo de cartas que cada semana les llevaba la seguridad de un apoyo enérgico. Para sostener esas promesas Francia había armado veintitres navíos ya desde el mes de Setiembre, y tenía siete en los diques, luego tenía treinta fragatas dispuestas á darse á la vela, y de ellas veintitres que no aguardaban más que su armamento, y esto cuando Inglaterra no tenía más que 16.000 marineros y soldados de marina, que apenas representaban la tripulación de doce navíos. Sumas considerables enviaba además Francia al otro lado del estrecho (esas sumas se elevaban á fin de año á treinta millones, naturalmente en asignados, que se cambiaban en metálico por la mitad de su valor nominal), y la prensa francesa de todos los partidos hacía constantes esfuerzos para inflamar las dos naciones en favor de la grande obra de la revolución.

»Pitt se había mantenido hasta aquí inquebrantable en sus ideas de paz y de neutralidad. No puede dudarse de que rechazaba las ideas revolucionarias; pero en modo alguno quería una intervención activa. Burke, que con celo é inteligencia se ocupaba de los emigrados franceses, estaba desesperado por

la imprevisora inercia de los ministros, tanto, que en el otoño de 1792 decía á su hijo, que temía la alianza de Inglaterra con la revolución...» «Noel anunciaba en 4 de Octubre á Danton, que Pitt estaba á punto de dar plenos poderes á lord Granville para una negociación oficial, cuyo resultado sería que Inglaterra reconociera la República francesa, y la mediación británica en la guerra entre Francia y Alemania. Al efecto, Noel, pedía instrucciones detalladas, y añadía, que, los ministros ingleses, que no recibían nada de París, principiaban á creer que se había tenido intención de engañarles.»

Noel no hubo de mentir en redondo como se ha supuesto, cuando vemos á Pitt asegurar al embajador de Holanda la protección de Inglaterra para su patria, pero no sin ocultar de que la más segura protección sería la de una paz general, y en esta convicción escribir á las potencias alemanas con qué condiciones harían la paz y si aceptarían su mediación. Austria y Prusia no contestaron. Sabían que Inglaterra se opondría á todo proyecto de reparto de Polonia, y como entreveían que la paz se había de hacer de un modo ú otro á sus expensas, ya no pensaban mas que en reanudar la guerra y hacer esta vez una guerra de conquista. Por este mismo tiempo Pitt adquirió pruebas de lo que se tramaba en Londres, y desde este momento se preparó por la guerra. El día 13 de Noviembre salió un decreto convocando la Cámara de los Comunes, y por otro se llamaba á las armas una parte de la milicia del país.

Pitt iba, pues, á provocar la oposición y ahora debemos recordar que los whigs á consecuencia de las definiciones de Pitt y Burke no constituían un sólo partido compacto y unido, animado por una sola idea, sino tres fracciones con ideas y procedimientos distintos de gobierno. La primera era completamente aristocrática y conservadora que dirigía Burke y no estaba lejos del gobierno, al cual estaba dispuesto á apoyar en ciertas cuestiones, como por ejemplo, en la que debía hacerse con Francia. La segunda, que de nombre dirigía el duque de Portland y en realidad mandaba Fox, estaba compuesto de liberales constitucionales en el más amplio sentido, y por esto eran amigos de Francia, sin que por esta amistad entendieran claudicar en lo más mínimo sus sentimientos monárquicos. El tercer grupo ó fracción lo componían francos y declarados republicanos que servían de intermediarios entre Fox y los clubs.

Pitt maniobró perfectamente para atraerse al segundo grupo, ya que con el primero podía contar,

y al efecto ofreció carteras á Portland y á otros de sus amigos que no aceptaron por la oposición de Fox, pero las inteligencias se habían establecido, y la derrota de Fox al abrirse los debates el 13 de Diciembre con motivo del discurso del trono fué completa. De 340 diputados sólo cincuenta estuvieron á su lado. Pitt aprovechó su triunfo para negar el curso legal á los asignados franceses, para prohibir la exportación de trigo en Francia, para reorganizar la policía y para acrecentar las fuerzas ofensivas y defensivas de la nación.

Dumouriez que no en vano había sido ministro de Estado, al ver el sesgo que tomaban los asuntos públicos en Inglaterra, propuso al gobierno la conquista de Holanda á la que ya se había perjudicado declarando de libre navegación el Escaut anulando así el privilegio que para hacerlo tenía Holanda, pero el gobierno no lo daba todo por perdido, y además estimaba con razón más conveniente que se apoyase á Custine, y se lanzase á los austriacos al otro lado del Rhin. Dumouriez lejos de obedecer protesta de la decisión del gobierno pretextando la desorganización de su ejército, de modo que mientras ésta estaba en disposición de conquistar la Holanda no podía avanzar para dar la mano á Custine. Comprendió luego Dumouriez que se había comprometido demasiado con su desobediencia y mandó á su ayudante Thouvenot á protestar de su obediencia y á dar explicaciones sobre el estado de la guerra y del ejército. Hubo, pues, reconciliación, se abandonó la idea de llevar á Dumouriez ante un consejo de guerra, y avanzó sobre Aquisgran, en donde supo que Beurnonville había fracasado en su ataque de Tréveris.

Custine sin refuerzos y sin el auxilio de Dumouriez ni el de Kellermann había de serle imposible sostenerse en Francfort, y milagro parece que pudiera retirarse á Maguncia no sin intentar defenderse contra el rey de Prusia, que la atacó el 2 de Diciembre.

En resumen el año terminaba ocupando los franceses la Bélgica, la orilla del Rhin, de la Moselle á Basilea, y la Saboya.

Sybel quiere que el decreto de la Convención del 15 de Diciembre fuera la señal de la ruptura entre los franceses y los pueblos dominados por sus armas.

El decreto del 15, para nosotros, no tiene esta importancia. Si los franceses ofrecían apoyo y fraternidad á los pueblos que institúan un gobierno libre, ¿podía ser este gobierno á la sazón otro que el republicano? Dicho se está que no. ¿Entonces como

suponer que el haber abolido la Convención en los países protegidos los derechos feudales, podía ser motivo para enajenarse las simpatías de los emancipados?

Las simpatías de los privilegiados las había perdido Francia aún antes de entrar en las ciudades que la aclamaban como su libertadora. Cambon hizo decretar, que una vez organizada la administración ó gobierno provisional por el pueblo de los Estados emancipados, la Convención, de acuerdo con el Consejo ejecutivo, designaría sus comisionados para que fuera á fraternizar con los emancipados, acabando la autoridad y misión de estos, tan pronto hubiesen los Estados organizado una forma de gobierno libre y popular.

Si á estas disposiciones respondió, como dice Sybel, en Bélgica y Alemania, «un grito general de indignación,» lo que no dudamos, este grito lo lanzaron las clases privilegiadas, ó castas, como dice el decreto de la Convención, y este disgusto era previsto sino querido. Por lo demás, la Convención no excluía á los privilegiados de los cargos públicos, sino hasta tanto que se hubiesen dado los Estados emancipados un gobierno popular. Lo que nosotros creemos hubo de despertar el sentimiento nacional, que no se había mostrado hasta aquí inquieto de la presencia de las tropas francesas, por lo mismo que no les había atribuido proyecto alguno de conquista, fué al ver como la conquista aparecía con verdadero peligro de los que querían á la vez ser libres é independientes.

El círculo de Spira, de Spira á Bringen, votaba el 17 y 18 de Diciembre, y esto lo olvido Sybel, esto es, dos días después del decreto de la Convención que hemos analizado, la aceptación de la República francesa y su unión con Francia. Esto no podía ser más que la obra de un partido, del parti-

do republicano, y esta resolución había de afectar á los que estaban orgullosos de tener en Spira los restos de los grandes emperadores de Alemania. Por consiguiente, desde este momento hubo en el Rhin sus afrancesados y sus nacionalistas, y es claro que desde este momento Francia no hubo de pensar más que en completar su conquista de la orilla izquierda del Rhin; que la Convención rhenana declaraba en 21 de Mayo de 1793 la frontera natural de Francia. ¿Hubo imprudencia por parte de Francia en aceptar esta conquista, esta anexión? ¿La utilidad que le traía era superior á los odios que despertaba? Difícil cuestión. Imposible respuesta. Francia y Alemania reivindican la posición de este Rhin hoy por entero alemán, y cuya posesión ha de ser el resultado de la revancha de Francia, si llega á tomarla Francia de Alemania. Nosotros no podemos pronunciarnos respecto de los países del Norte y Este de Alsacia y Lorena, pero la actitud de estas dos provincias después de 17 años de estar agregadas á Alemania es tal, que bien claramente dicen que no quieren ser alemanas, y como para nosotros las fronteras naturales ni las lingüísticas tienen importancia, enfrente de la frontera naturalísima de la libre voluntad, ínterin esta se pronuncie tan claramente como lo hace hoy día, nosotros diremos que en el Rhin se halla el derecho sometido á la fuerza, y que sólo una leal consulta de sus pueblos debe decidir de su suerte. En 1792 el Rhin si quería ser alemán quería serlo á condición de vivir libremente. Si luego quiso volver á la patria común, fué porque en el Rhin como en Francia la libertad se eclipsó, y se implantó el cesarismo, y ya en este punto el Cesar de Francia no valía más que los grandes césares que sostuvieron la lucha con la Iglesia y que duermen desde hace centenares de años en las naves de la catedral de Spira.



CAPITULO II

PROCESO Y MUERTE DE LUÍS XVI

Si fué una falta política el proceso de Luís XVI.—Cómo se opinaba en Francia.—Era una cuestión política: sagacidad de Saint-Just.—Descúbrense el armario de hierro en las Tullerías.—Sus consecuencias.—Mirabeau expulsado del panteón.—Los girondinos querían salvar la vida del rey.—Error de su defensa.—Atacan la inviolabilidad parlamentaria; Robespierre y Marat, la defienden.—Hácese el proceso del rey cuestión de partido.—Actitud de las potencias para salvar el rey; como se fué comprometiendo España.—Situación de Luís XVI, debilidad de su defensa y de su actitud.—Testamento del rey.—Los defensores del rey.—Heróica y noble actitud de Malesherbes.—Quiénes defendían al rey en el seno de la Convención.—Como creen los girondinos salvar al rey.—Salles propone la apelación al pueblo.—Desgraciada intervención de España.—Sus consecuencias.—Razón con que es rechazada la consulta al pueblo.—La agitación de París.—El 4 de Enero de 1793: Barere declárase contra la apelación.—El 14 de Enero: se votan las conclusiones del proceso.—Danton intenta salvar al rey.—Rechazan su concurso los girondinos.—Divisiones entre los girondinos.—Su desconcierto en la Convención.—Si se influyó por el tumulto la decisión de la Convención.—El día 16 de Enero de 1793.—Preside Vergniaud.—Condena la Convención á muerte á Luís XVI.—Actitud de los girondinos en la votación.—Responsabilidad de los girondinos.—Responsabilidad del duque de Orleans.—Continúa el desconcierto entre los girondinos.—Sesiones de los días 18 y 19.—No se suspende la ejecución.—Barbaroux contra Buzot, Brissot, Condorcet y Payne.—El centro apoya á Barbaroux.—Cómo se ha de juzgar á los girondinos.—Asesinato de Lepelletier Saint-Fargeau.—Conspiración realista para salvar á Luís XVI.—Actitud gubernamental de Roland.—Ejecución de Luís XVI.

EL proceso de Luís XVI en medio de las agitaciones del interior y de los peligros del exterior, se juzga hoy que estamos tan lejos de los acontecimientos de aquellos días como una gran falta política. Sea; pero conste que en Diciembre de 1792 nadie lo creía así; y que en la Convención es el girondino Valazé quien formula la acusación, y es el centralista Mailhe quien presenta y resuelve la cuestión legal. Cuando estos elementos pedían, reclamaban, exigían el castigo del rey, del gran criminal, del gran traidor, ¿por qué no habían de quererlo los radicales, los montañeses, los jacobinos y los demagogos? Conste, pues, que la opinión de este punto era unánime, y que las discordancias sólo nacían respecto de la cuestión de

procedimiento. ¿Era ó no la Convención el tribunal que debía juzgar al rey?

Cuestión esta que sólo interesa discutir cuando se quiere puntualizar la situación de momento. Hoy, cuando va á transcurrir un siglo, la cuestión se presenta como la planteó Saint-Just, es decir, como una cuestión puramente política. La Convención había puesto la mano sobre la cabeza del rey, esta cabeza era, pues, suya. Así desde el momento en que interviene el que había de ser llamado el ángel de la muerte, tanta era su belleza, y en tan poco respeto tenía la vida humana, la cuestión política ahogó la cuestión legal, y desde este momento los legalistas que á toda costa querían salvar al rey, hubieron ya de pensar en otros medios, porque si era